

Espallardo

Se trata del callejón de Arjona. En ese lugar me encontraba sin saber por qué. Tal vez fuese porque allí vivió Espallardo. Lo cierto es que mis pies, sin solicitar mi permiso, me han traído hasta aquí. Espallardo y yo fuimos compañeros de carrera y nos unía la pasión por el ajedrez y por las mujeres. Lo primero se resolvía estudiando las diferentes estrategias de defensa y ataque; en esto me ganaba él, que jugaba de forma meticulosa y aprendida; yo era más anárquico y dejaba volar mi imaginación en cada jugada. Sin embargo, en lo de las mujeres siempre ganaba yo, precisamente por esa imaginación que me ha acompañado toda la vida. Decir que siempre ganaba yo no es muy afortunado. Rosario se fue con él, con Espallardo. No sé dónde viven pero creo que son, o eran hace un par de años, muy felices. Yo, sin saber por qué, he obedecido a mis pies y me encuentro aquí, en el callejón de Arjona, junto a la puerta que tantas veces traspasé en ambas direcciones.

Espallardo y yo competíamos, desde la profunda amistad que nos unía, por todo y por nada; los dos practicábamos la misma modalidad de atletismo, carreras de velocidad y lanzamiento de peso, y nuestra rivalidad nos permitió batir algunas marcas locales. Ganara quien ganase, después de la competición nos íbamos juntos a tomar unos vinos con las chicas, Rosario, Iuana, y Pati y, si la cosa se calentaba, finalizábamos la velada en casa de Espallardo, aquí, en el callejón de Arjona. En honor a la verdad, nunca me acosté con Rosario, y mira que lo intente. No se trataba de que Rosario fuese virgen y que deseara conservar ese estado hasta el matrimonio, sino que, sencillamente, se había enamorado de Espallardo.

La casa de mi amigo no era de alquiler, de esas que se amueblan malamente para ser habitada por estudiantes; sus padres, que vivían en un pueblo de Murcia, aprovecharon una oportunidad para comprarla pensando que su hijo había decidido, empujado por su progenitor, la carrera que el padre no logró terminar, Medicina. Yo estudiaba lo mismo por tradición familiar. Pero ni a él ni a mí nos gustaba ser médico y por eso nos dedicamos al ajedrez y a las chicas.

Una vez explicados los aspectos más destacables de aquella relación, queda obtuso y sin aclarar por qué mis pies me han vuelto a traer a esta puerta del callejón de Arjona, un callizo que a veces es peatonal, como ahora, y otras está abierto al tránsito de vehículos. En un bar situado en uno de sus laterales servían vino peleón y tapas, fritas en manteca rancia. En él solíamos acabar nuestras correrías; luego subíamos al piso de Espallardo para acostarnos con las chicas y la mitad de las veces nos dormíamos sin hacer nada porque la borrachera que llevábamos encima nos impedía hacer cualquier cosa que no fuese dormir la mona. Rosario quedaba siempre fuera de este juego de vino barato y camas. Subíamos los cuatro restantes y ella se iba a dormir a su casa. Y eso hacía

que yo sintiera una especial atracción por ella. Lo que no se tiene se desea... o se ama.



Han pasado unos veinte años y no la he podido olvidar. Quizá por eso mis pies, que se habituaron a transitar por determinados recorridos, hoy me han traído hasta esta puerta cuarteada, que ahora tiene los mismos desperfectos que nuestras caras y, posiblemente, que nuestras almas. Mis pies, digo, siempre pegados a mi sombra, leales soportes de mi peso, ahora aumentado para hacer verdad el dicho popular que dice que, al cumplir años te amojamas o te ajamonas, sí, mis pies, pero no mi voluntad, me han acercado hasta ella, hasta Rosario. Lo que no se tiene se desea... o se ama y yo pienso que los dos sentimientos continúan dentro de mí desde los tiempos de estudiante. Pero ella se enamoró de Espallardo.

Y hoy no tengo ni el consuelo de tomar unos vinos en el viejo bar y descargar mi ira, mostrar mi desengaño y esconder mi viejo y gran amor haciendo el amor con Pati.

Tendré que educar a mis pies, a mi sombra y a mis recuerdos para decirles que el tiempo de vida es tan corto que no se puede desaprovechar ningún instante.

Convencido de lo que decía, di media vuelta y mis pies me llevaron a casa.

Antonio Espinosa Úbeda